

MEMORIA POÉTICA
Reescrituras de *La Araucana*

Luz Ángela Martínez / Jaime Huenún
(compiladores)

▪ EDITORIAL CUARTO PROPIO ▪ FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y HUMANIDADES-UNIVERSIDAD DE CHILE
▪ CAJA DE COMPENSACION LA ARAUCANA

ERCILLA, NARRADOR DE LA ARAUCANA

LUCÍA INVERNIZZI

Por su compleja estructura textual, *La Araucana* ha sido objeto de plurales interpretaciones y variadas discusiones centradas, por ejemplo, en el género literario al que se adscribe, la carencia de unidad y la diversidad de asuntos que relata.

Considerada también como una crónica rimada de los primeros años de la conquista de Chile, este es un poema épico que, por un lado, destaca valores heroicos y que enaltece a ambos bandos contendores y, por otro, funda los orígenes heroicos de Chile o proclama la grandeza del imperio español del siglo XVI.

Para apreciar la diversidad de interpretaciones que ha tenido el poema de Ercilla, remito a los textos *La poesía épica del Siglo de Oro*, de Frank Pierce; *Poesía Chilena*, (capítulo primero) de Fernando Alegría y a la *Introducción* a la edición de *La Araucana* de Isaac Lerner y Marcos Morínigo, publicada por Castalia en 1983. Teniendo en consideración algunas de esas interpretaciones, centraré mis proposiciones de lectura de *La Araucana* en la figura del narrador del poema.

Un aspecto, aparentemente menor, que importa considerar para abordar el tema del narrador de *La Araucana*, es el que concierne al largo período que cubre la creación de la obra y su publicación. Según datos biográficos y referencias contenidas en el propio poema, Ercilla llega a Chile en 1557, en el contingente que trae García Hurtado de Mendoza desde Perú, donde su padre, el virrey, lo designa Gobernador de Chile. Permanece en territorio chileno hasta fines de 1558. Conforme a lo dicho en el texto, en esa época se habría iniciado la escritura de la obra, la que se habría continuado posteriormente en Perú y en España, hasta la publicación de la versión completa de tres partes y 37 cantos que se produjo en un lapso de 20 años: 1569, la primera parte; 1578, la segunda; 1589, la tercera.

Este largo proceso explica las transformaciones que el poema va experimentando, las que se registran en el poema mismo, el que contiene múltiples momentos metadiscursivos, de reflexión sobre el texto y de registro de los desvíos que va experimentando el plan original. Dichos momentos son importantes para apreciar la singularidad de la obra.

Para reparar en ello, hay que partir por el exordio, constituido por las cinco primeras estrofas del poema. En las dos primeras, replicando negativamente

a Ariosto en Orlando, se propone la materia bélica, valorada en su dimensión heroica, como objeto del discurso. Ello se relaciona con declaraciones del Prólogo en las que se enfatiza que tratará historia verdadera y de cosas de guerra, a las que hay muchos aficionados, y que la escritura viene a satisfacer las importunaciones de testigos y a no permitir el agravio que muchos españoles sufrirían al quedar sus hazañas en completo silencio, no por ser pequeñas sino por lo remoto de la tierra en que estas ocurrieron.

Estas declaraciones, contenidas en el Prólogo, articulan la obra con la literatura histórica que se produce a raíz del descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo. En ella, se proponen historias verdaderas, aun cuando pudieran aparecer como obras de encantamiento, como las del libro de Amadís, según la frase de Bernal Díaz del Castillo. Historias verdaderas, narradas por sus propios protagonistas y testigos para rescatarlas del olvido y registrarlas para la posteridad, con el fin de conferirles la fama que merecen. Estos llegan a ser tópicos de esa literatura. En el caso de Chile, se agrega a esas motivaciones para narrar el hecho de que la lejanía del territorio dificulta la información y el conocimiento sobre él y sobre lo que en él acontece; se suma a esto la denodada guerra que los españoles deben sostener en esta tierra, situación que no deja casi lugar para la escritura. El tópico se hace presente en Valdivia, en Vivar y en Góngora Marmolejo.

Lo propuesto califica los hechos a narrar como proezas y valor de los españoles y también como COSAS HARTO NOTABLES, EMPRESAS MEMORABLES DE LOS ARAUCANOS, que merecen celebrarse. Desde la proposición se plantea el protagonismo colectivo. Solo episódicamente se destacarán figuras individuales.

Hay conciencia que lo propuesto como materia del canto rompe con las convenciones establecidas por el canto heroico y con las de la literatura que busca conferir fama, géneros usualmente reservados a altos dignatarios. De allí las declaraciones del Prólogo donde se elogia el carácter guerrero de los araucanos, su espíritu libertario y la denodada defensa de su territorio:

Y si alguno le pareciere que me muestro algo inclinado a la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentías más estendidamente de lo que para bárbaros se requiere, si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles.

El apego a la verdad fundada en la experiencia del testigo y el relieve de la dimensión bélica se reiteran en las estrofas siguientes del exordio, que mezclan términos de dedicatoria a Felipe II con la clásica invocación necesaria al poema épico. Se advierte en ello ecos de la Farsalia de Lucano, de Ariosto y de los romanzos italianos del Renacimiento, que constituyen innovación de la épica clásica homérica y virgiliana. Ambas tradiciones se recrean en *La Araucana*, además de la verista de la épica castellana.

Otro aspecto del discurso que se vincula con la literatura histórica del descubrimiento y la conquista, es el que se refiere al destinatario del discurso: el monarca español, al que el narrador apela en reiteradas oportunidades y en quien se representa a ese receptor europeo que no conoce la realidad sobre la cual habla el enunciante y al que hay que dársela a conocer.

Por ello, el discurso propiamente narrativo-descriptivo se inicia con los citados versos CHILE, FÉRTIL PROVINCIA... que identifican el escenario y caracterizan al pueblo araucano como bárbaros, sin Dios ni ley, servidores de Eponamón y el demonio, pero eximios guerreros, defensores de su tierra y su libertad, además de contar con una organización social fundada en los méritos. Se comprueban esos rasgos con una sucinta narración de la historia prehispánica de Arauco que revela su carácter indomable, mediante el cual ha resistido todos los intentos de sojuzgamiento, incluidos los del Inca y también los de Almagro.

Luego de esa introducción a la historia, la narración refiere el éxito de Valdivia que ha logrado lo que nadie había alcanzado: imponer su dominio sobre Arauco. Los sucesos se enunciarán desde una perspectiva en que resuenan ecos lascasianos, la concepción providencialista y la relativa a la Fortuna. Desde ella, se atribuye a la voluntad de Dios el éxito inicial, el que luego se transforma en sucesión de derrotas por el comportamiento codicioso y soberbio de los españoles, determinantes de que Dios haga de los araucanos CUCHILLO Y ÁSPERO VERDUGO de los hispanos.

El desarrollo de la guerra, luego de la caída de Valdivia, será presentado como ejemplo de las mudanzas de Fortuna, a la que todo está sometido y que se constituye en una especie de ley que rige el mundo narrativo de *La Araucana*, tanto a nivel de los dos colectivos en pugna como de los destinos individuales, incluido el mismo Ercilla, protagonista, testigo y poeta de *La Araucana*.

Desde esa perspectiva, la narración, desde el canto II hasta el XII, muestra el declinar de las fuerzas españolas en la sucesión de derrotas iniciada con la batalla de Tucapel que termina con la vida de Valdivia y, en contraste, el ascenso

araucano desde el momento en que en la junta, consulta o concilio de caciques se designa, mediante la prueba del tronco, a Caupolicán como conductor de las tropas. Se condensa en los retratos de los personajes esta mudanza de Fortuna. El prestigio inicial de Valdivia, canto I, cede en el canto II, donde encontramos una caracterización fuertemente crítica.

Valdivia, perezoso y negligente,
 incrédulo, remiso y descuidado,
 hizo en la Concepción copia de gente,
 más que en ella, en su dicha confiado;
 el cual, si fuera un poco diligente,
 hallaba en pie el castillo arruinado,
 con soldados, con armas, municiones,
 seis piezas de campaña y dos cañones.

En el sector araucano del mundo, el narrador destaca variadas figuras a las que presenta, siguiendo los modelos del catálogo de las naves de Homero, en la medida en que van concurriendo a la junta. Entre ellas destaca al sabio Colocolo, al iracundo Tucapel, a Caupolicán, vencedor de la prueba de quien entrega el retrato.

Tenía un ojo sin luz de nacimiento
 como un fino granate colorado,
 pero lo que en vista le faltaba
 en la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
 varón de autoridad, grave y severo,
 amigo de guardar todo derecho,
 áspero, riguroso y justiciero;
 de cuerpo grande y relevado pecho,
 hábil, diestro, fortísimo y ligero,
 sabio, astuto, sagaz, determinado
 y en casos de repente reportado.

Sin embargo, en la narración de hechos, no será Caupolicán, sino Lautaro, la figura relevante del sector araucano. Es el personaje decisivo en la batalla de Tucapel y el símbolo del valor y arrojo que llenará de pavor a los españoles.

Designado por Caupolicán como capitán y su teniente, es Lautaro el verdadero conductor de los araucanos en las batallas de Andalicán, en el asedio a Penco que determina la huida de los españoles hacia Mapocho, en la Imperial y en los enfrentamientos que se producen en el avance hacia Santiago. De él, el narrador dirá:

Fue Lautaro industrioso, sabio, presto,
de gran consejo, término y cordura,
manso de condición y hermoso gesto,
ni grande ni pequeño de estatura;
el ánimo en las cosas grandes puesto,
de fuerte trabazón y compostura;
duros los miembros, recios y nervosos,
anchas espaldas, pechos espaciosos.

Sin embargo, como desde la perspectiva del narrador nada permanece en un determinado estado, pues Fortuna muda todas las cosas, la situación de los araucanos empieza a variar en el avance hacia Santiago. Ya hay indicio de eso en la batalla de Imperial, donde un hecho prodigioso impide el triunfo araucano, pero es en el avance hacia Santiago donde el curso de los hechos se modifica. La hueste que acompaña a Lautaro no representa a lo mejor del pueblo araucano:

Los que Lautaro escoge son soldados
amigos de inquietud, facinerosos,
en el duro trabajo ejercitados,
perversos, disolutos, sediciosos,
a cualquier maldad determinados,
de presas y ganancias codiciosos,
homicidas, sangrientos, temerarios,
ladrones, bandoleros y corsarios.

Con esta buena gente caminaba
hasta Maule de paz atravesando
y las tierras, después, por do pasaba
las iba a fuego y sangre sujetando.

Por otra parte, el narrador observa que los triunfos también han desencadenado entre los araucanos, soberbia (llegarán hasta la misma España, para vencer a Carlos V), rivalidades y ambiciones. Pero será el descuido del

capitán en su reducto del río Claro, el determinante de su ruina. El jefe militar, distraído por el amor de Guacolda, su mujer, y presas ambos de funestos presentimientos, no puede resistir el ataque por sorpresa de las tropas españolas comandadas por Francisco de Villagrán y cae muerto al inicio de la batalla que cambia el curso de los hechos. En el inicio del canto XIII, el narrador, una vez más, advierte acerca de los designios de Fortuna:

¡Oh, pérfida Fortuna!, ¡oh, inconstante!,
¡Cómo llevas tu fin por punto crudo,
que el bien de tantos años, en un punto,
de un golpe lo arrebatas todo junto!

Termina así, en el canto XIV, la secuencia narrativa iniciada en el canto II que muestra el ascenso araucano. La narración se caracteriza por estar sostenida por una voz que declara referir la verdad de los hechos, según consta en el conocimiento de quienes tuvieron participación en ellos como testigos y de quienes él ha extraído aquello en lo que hay más concordancia. El narrador manifiesta, además, clara conciencia de que no está escribiendo historia, pues remite a historiadores como Calvete de la Estrella para aquellos que se quieran enterar de sucesos o detalles que él no ha seleccionado en la versión que entrega de lo acontecido.

Con el fundamento de ese conocimiento, el poeta construye un mundo narrativo en que destaca los valores marciales, cuestión que se revela en la narración de las batallas, en las que emplea una tradicional técnica que entrega una visión de conjunto para destacar, luego, figuras individuales en actos de valor, arrojo y fortaleza. Tales actos, desde su perspectiva, deben enaltecerse y registrarse para la posteridad. Pero, a la vez, manifiesta su repulsa por todos aquellos actos de crueldad y excesos que se cometen en la guerra, los que son objeto de detallado y cruento registro.

Un punto relevante es el que concierne a los vicios que ensombrecen todos los triunfos de ambos bandos, pero especialmente los de los españoles: codicia y soberbia que, desde la perspectiva providencialista, constituyen el fundamento de la acción de la divinidad, quien interviene en los hechos para castigarlos. Articulado con ello está la acción de la Fortuna, mudable diosa o rueda en permanente girar que condiciona todos los destinos. Las figuras protagónicas de esta primera parte, Valdivia, Lautaro, así lo manifiestan.

Pero en el canto XII se empiezan a producir importantes modificaciones en la historia que se narra, y sobretodo, en la posición y perspectiva del narrador. Ello se declara explícitamente. Por una parte, se interrumpe el relato de lo que acontece en las riberas del río Claro para introducir la narración de los sucesos del Perú, donde las querellas entre conquistadores han determinado designar a don Juan Andrés Hurtado de Mendoza como virrey para que imponga el orden de la monarquía. Pero lo más significativo es que empieza a cambiar la posición e identidad del narrador. Se incorpora el testigo y protagonista a la situación enunciativa que sigue teniendo como destinatario a la persona del rey.

Hasta aquí lo que en suma he referido
yo no estuve, Señor, presente a ello
y así, de sospechoso, no he querido
de parciales intérpretes sabello;
de ambas las mismas partes lo he aprendido
y pongo justamente solo aquello
en que todos concuerdan y confieren
y en lo que en general menos difieren.

Pues que en autoridad de lo que digo
vemos que hay tanta sangre derramada,
prosiguiendo adelante yo me obligo
que irá la historia más autorizada,
podré ya discurrir como testigo
que fui presente a toda la jornada,
sin cegarme pasión, de la cual huyo,
ni quitar a ninguno lo que es suyo.

Otro cambio que anticipa lo que acontecerá en las partes II y III es el relativo a la incorporación del tema amoroso, categóricamente descartado en la proposición del exordio. La conclusión del canto XII, luego de narrar el episodio de Lautaro y Guacolda, establece el tránsito hacia lo que acontecerá en lo concerniente al tema amoroso en la segunda parte del poema y en la tercera. Dice el poeta:

Pero ya la turbada pluma mía
que en las cosas de amor nueva se halla,
confusa, tarda y con temor se mueve
y a pasar adelante no se atreve.

Pero efectivamente se atreve, pues el exordio del canto XV, final de la primera parte, está dedicado al amor, como tópico literario y opción para su propio discurso, si bien afirma que deberá seguir lo prometido, es decir, la narración de sucesos bélicos.

Además de la incorporación del tema amoroso y de la integración de las dimensiones del testigo y protagonista en la perspectiva del narrador, a partir del canto XII se producen variaciones en la historia que el enunciante se ha propuesto narrar. Deja en suspenso la narración de los sucesos de la guerra de Arauco, para referir los relativos al virreinato del Perú.

Quiero dejar a Arauco por un rato,
que para mi discurso es importante
lo que forzado aquí de Pirú trato,
aunque de su comarca es bien distante;
y para que se entienda más barato
y con facilidad lo de adelante,
si Lautaro me deja, diré en breve
la gente que en su daño ahora se mueve.

Si bien esos sucesos están relacionados con Chile, ya que el virrey Hurtado de Mendoza, una vez restituido el orden del imperio en Perú, designa a su hijo García como gobernador de Chile, el narrador los refiere con conciencia de que se aparta de lo que constituía el núcleo central de la historia propuesta. Los sucesos de Perú, centrados en el rigor con que el virrey sofoca las rebeliones internas y restituye la ley de la monarquía, expande los límites del universo narrativo a un ámbito mayor del mundo dominado por España, lo que en las partes segunda y tercera alcanzará mayores expansiones con la narración de las batallas de San Quintín y Lepanto y con la visión panorámica del mundo que se entregará en el canto XXVI, en la figura del mapamundi que despliega el mago Fitón.

Los cantos finales de la primera parte muestran, entonces, una narración permanentemente alternada entre la narración de la batalla de Mataquito, los sucesos del Perú y la navegación que trae a Chile a Hurtado de Mendoza en cuya hueste viene Ercilla. Los tránsitos entre los distintos asuntos narrados, son explícitamente señalados por el narrador.

El texto preliminar de la segunda parte, titulado AL LECTOR, desarrolla el tópico del cansancio de la escritura por tratar de *materia tan áspera y de poca variedad, pues desde el principio hasta el fin no contiene sino una misma cosa,*

y haber de caminar siempre por el rigor de una verdad y camino más desierto y estéril. Además, declara la voluntad del poeta de no ceder al deseo de mezclar algunas cosas diferentes y no mudar de estilo, pero de referir sucesos bélicos que acontecen en escenarios que no siendo de Arauco, son importantes para el imperio español: la batalla de San Quintín que es simultánea a otra que aconteció en el fuerte de Penco; y la batalla naval de Lepanto. Justifica el referir dos cosas *tan grandes en lugar tan humilde* en atención al heroísmo que han demostrado los araucanos defendiendo su tierra.

A partir del canto XVI, primero de la segunda parte, la narración alternará diversos cursos narrativos y mostrará las vacilaciones y contradicciones que tiene el narrador respecto de su discurso. Dicho canto presenta un exordio que, en términos del tópico de la navegación, apunta ambiguamente a la difícil travesía de las naves entre Perú y Chile y, a la vez, a la dificultad de la escritura; también propone como materia del canto *las armas, el furor y nueva guerra*. El exordio contempla además una invocación al sacro Señor, Dios o el rey, para que lo salve de la furia de los elementos que arrecian contra las naves y lo lleve a seguro puerto.

La llegada de los españoles al puerto de Concepción e isla de Talcahuano está presidida por fenómenos naturales de carácter extraordinario, los que se narran porque *no es poético adorno fabuloso mas cierta historia y verdadero cuento* que se interpretan como *sinistro pronóstico de su ruina y venideros males... prodigios tristes y señales que su destrozo y pérdida anunciaban y a perpetua opresión amenazaban*.

La secuencia que entonces se inicia mostrará, a partir de un nuevo concilio araucano, las rivalidades y discrepancias entre distintos caciques acerca de la conducción de la guerra, en la que destaca la impulsividad de Tucapel frente a la mesura de los caciques más ancianos como Peteguelén y Colocolo, que no son partidarios de enfrentar directamente a los españoles, sino de enviar a Millalauco a parlamentar y conocer el estado del adversario para así poder definir la estrategia más conveniente.

Mientras se prepara el ataque al fuerte de Penco, se produce la primera intervención del narrador personaje incorporando ambiguamente una materia diferente a la de la guerra de Arauco. El enunciante establece las condiciones de la situación en que se producirá el conocimiento de los hechos que acontecen en Francia y que darán lugar a la narración de la batalla de San Quintín. En medio de la noche oscura, se produce un desfallecimiento y posterior sueño en que se le aparece la diosa Belona quien, haciéndose cargo

de sus preocupaciones escriturales, le ofrece nuevas materias para ensanchar el campo de su escritura: guerras más famosas y mayores. Belona lo conduce por espacios descritos como lugares amenos para situarlo, luego, en un espacio superior desde el cual tiene la visión de los ejércitos francés y español enfrentados en la batalla de San Quintín.

Conforme a la perspectiva providencialista y a la voluntad de enaltecer a la monarquía, la batalla se presenta, en boca de Belona, como acción española destinada a bajar de la enemiga Francia la presunción, el orgullo y la arrogancia. Luego la diosa abandona al poeta para mezclarse entre los guerreros y es Ercilla, como testigo, el que desde la privilegiada situación en que Belona lo deja, quien narrará el enfrentamiento, introduciéndolo con una nueva invocación al rey para que le dé los recursos de estilo y entendimiento necesarios para dar cuenta de la gran batalla.

Si bien la narración destaca la dimensión hazañosa de los hechos marciales, advierte una vez más sobre los excesos que cometen los españoles tras la victoria, motivados por la codicia que lleva al saqueo de la tierra, *premio de la común gente de guerra*.

Al término de la narración de la batalla de San Quintín tiene lugar la aparición de otra presencia femenina: una mujer que *me hablaba, más blanco que la nieve su vestido, grave, muy venerable en el aspecto, persona al parecer de gran respecto*. Ella hace una suerte de síntesis de los acontecimientos que afectarán al imperio español entre la batalla de San Quintín —lo dé agosto de 1557— y la de Lepanto —7 de octubre 1571— y, además, plantea las circunstancias en que el poeta, en cuanto personaje del mundo narrativo, se enterará de este suceso, el que en definitiva se narrará en el canto XXIII.

Mas si quieres saber desta jornada
el futuro suceso nunca oído
y la cosa más grande y señalada
que jamás en historia se ha leído,
cuando acaso pasares la cañada
por donde corre Rauco más ceñido,
verás al pie de un líbano a la orilla
una mansa y doméstica corcilla.

Conviénete seguirla con cuidado
hasta salir en una gran llanura,

al cabo de la cual verás a un lado
una fragosa entrada y selva oscura
y tras la corza tímida emboscado
hallarás en mitad de la espesura
debajo de una tosca y hueca peña
una oculta morada muy pequeña.

Allí, por ser lugar inhabitable
sin rastro de persona ni sendero,
vive un anciano, viejo venerable,
que famosos soldado fue primero,
de quien sabrás do habita el intratable
Fitón, mágico grande y hechicero,
el cual te informará de muchas cosas,
que están aún por venir, maravillosas.

No quiero decir más en lo tocante
a las cosas futuras pues parece
que habrá materia y campo asaz bastante
en lo que de presente se te ofrece
para llevar tus obras adelante
pues la grande ocasión te favorecè;
que a mí solo hasta aquí me es concedido
el poderte decir lo que has oído.

Esta figura femenina, que en el canto XXIII se identifica como la Razón, se hace cargo también de las preocupaciones del poeta por querer variar la monotonía del tema bélico y le ofrece el espectáculo de la belleza de las damas de España, el que se describe con las convenciones y tópicos de la literatura pastoril cortesana. Entre las damas, está la que será esposa de Ercilla, doña María de Bazán.

La visión intensifica el deseo de *ocuparme de obras y canciones amorosas y mudar el estilo y no curarme de las ásperas guerras sanguinosas*. Pero el alboroto de la guerra lo saca del dulce sueño y lo sitúa nuevamente en Arauco para narrar, en el canto XIX, la batalla en el fuerte de Penco.

Pero la narración de los hechos bélicos, concretamente la lucha denodada que da Tucapel, se interrumpe una y otra vez para dar paso a las declaraciones del poeta acerca del cansancio de seguir narrando los sucesos de Arauco, de

hacerlo sólo porque se comprometió a ello, y de considerar la necesidad de variar, dejándose llevar por la tentación del tema cortesano amoroso. El exordio del canto XX, es uno de los lugares donde ello se enuncia.

De mí sabré decir cuán trabajada
me tiene la memoria y con cuidado
la palabra que di, bien escusada,
de acabar este libro comenzado;
que la seca materia desgustada
tan desierta y estéril que he tomado
me promete hasta el fin trabajo sumo
y es malo de sacar de un terrón zumo.

¿Quién me metió entre abrojos y por cuevas
tras las roncas trompetas y atambores
pudiendo ir por jardines y florestas
cogiendo variadas y olorosas flores,
mezclando en las empresas y requestas
cuentos, ficciones, fábulas y amores
donde correr sin límite pudiera
y dando gusto, yo lo recibiera?

¿Todo ha de ser batallas y asperezas,
discordia, fuego, sangre enemistades,
odios, rancores, sañas y bravezas,
desatino, furor, temeridades,
rabias, iras, venganzas y fierezas,
muertes, destrozos, rizas, crueldades
que al mismo Marte ya pondrán hastío
agotando un caudal mayor que el mío?

Aquí retoma brevemente la narración de la batalla de Penco, para luego referirse a su encuentro con Tegualda en medio de la noche oscura, mientras él hace guardia y ella busca, entre los despojos de la batalla, los restos de su esposo Crepino. Superando el temor que siente al divisar el bulto de la mujer, entabla con ella un diálogo a través del cual ésta le manifiesta que solo desea la muerte luego de la de su amado. Ercilla, compasivo, la acompaña y pide que le relate su historia, lo que Tegualda hace mediante una narración intercalada ajustada a la tradición de la novela amorosa pastoril cortesana. En su relato, se muestra el

tránsito de la mujer desde la figura de doncella desdeñosa que desprecia a todos sus enamorados, hasta convertirse en la apasionada esposa de Crepino, el que se ha ganado su amor en una lucha contra otros contrincantes, lucha que recuerda las justas por amor entre caballeros que combaten por su dama. La historia muestra una vez más el cambio entre la ventura de la relación amorosa y su desenlace funesto: Crepino ha muerto en la batalla del fuerte de Penco.

Ayer me vi contenta con mi suerte
sin temor de contraste ni recelo;
hoy la sangrienta y rigurosa muerte
todo lo ha derribado por el suelo.

El canto siguiente, en su exordio relativo a las mujeres virtuosas dignas de fama, trae el elogio de Tegalda, comparable a las heroínas de la antigüedad, destacables por su fidelidad amorosa. Penélope, Judit, Lucrecia, Alcestes y Dido, injustamente difamada por Virgilio, son los modelos que Ercilla propone para ensalzar la figura de Tegalda.

El asunto amoroso entra así en la narración y establece la constante con que se aborda en *La Araucana*, esto es, con el patrón de la literatura amorosa cortesana de la época, con figuras de las damas y caballeros protagonistas de ella, con una historia de amor que transita entre la dicha y la desventura y con mujeres de fidelidad a toda prueba, solo comparables con los paradigmas clásicos de virtud. Un amor tronchado por la guerra que, sin embargo, permanece más allá de la muerte.

Luego de la narración de la historia de Tegalda, se retoma la de los sucesos de Arauco. Los españoles refuerzan su contingente con tropas venidas de Santiago e Imperial y Caupolicán hace recuento de las suyas, lo que se enuncia siguiendo el modelo homérico del catálogo de guerreros. Se enuncia también la arenga de don García previo a la entrada en territorio de Arauco, cuyo fundamento es el valor y la justicia de la guerra que sostienen los españoles y la recomendación de no ensañarse con el enemigo vencido. Mientras tanto, el poeta sigue resistiéndose al *pérfido amor tirano* para continuar con la narración de la entrada de los españoles en Arauco. Destacan allí Rengo, Tucapel y especialmente Galvarino, sometido a cruel suplicio y proclamando venganza. Ercilla declara haber estado presente y ello se constituye en el fundamento de su crítica al ensañamiento de los españoles frente a sus adversarios, lo que se

expresa, además, en el discurso de Galvarino ante el senado araucano, en el que incita a la lucha y denuncia las falsedades de los argumentos y motivaciones españolas. En su parlamento resuenan los argumentos lascasianos contra la guerra. Galvarino, así, se convierte en vocero del narrador Ercilla, en su severa crítica y condena de las acciones de las tropas españolas.

La narración se centra luego en un Ercilla personaje, quien recorriendo las tierras de Arauco encuentra la corcilla que le hace recordar lo que Razón le anticipara en el sueño y que le lleva hasta Guaticol, anciano joven, sobrino del mago Fitón. Este conduce a Ercilla a la caverna donde habita el mago. Guaticol cuenta a Ercilla su historia que es otro ejemplo de las mudanzas de Fortuna.

Mi tierra es en Arauco y soy llamado
el desdichado viejo Guaticolo
que en los robustos años fui soldado
en cargo antecesor de Colocolo;
y antes, por mi persona en estacado
siete campos vencí de solo a solo
y mil veces de ramos fue ceñida
esta mi calva frente envejecida.

Mas como en esta vida el bien no dura
y todo está sujeto a desvarío,
mudóse mi fortuna en desventura
y en deshonor perpetuo el honor mío,
que por estraño casi y suerte dura
perdí con Aynavillo un desafío,
la gloria en tantos años adquirida
quitándome el honor y no la vida.

La descripción de la caverna donde habita Fitón se hace en términos familiares a la tradición europea. Concretamente, la enumeración de sustancias de valor mágico proviene de Lucano en la *Farsalia*. Luego de las alabanzas de Guaticolo que aluden a la fama de Fitón, conocida por Ercilla, el mago concede otorgarle el conocimiento de la batalla de Lepanto para que así complete su visión de los asuntos bélicos escribiendo las cosas de la guerra, así de mar también como de tierra. Ese conocimiento lo obtiene Ercilla de la esfera mágica donde se representa el mundo y que le ofrece Fitón para que sea testigo y verdadero cronista. Desde esa posición se enuncia la narración de la batalla de

Lepanto que mostrará, según Fitón, el verdadero valor de vuestra España. La grandeza del hecho requiere tono elevado y aliento nuevo, lengua más *espedida* y voz pujante, cuestiones que el poeta solicita a las Musas, en el exordio del canto XXIV donde se narra la batalla. En la ficción del mundo narrativo, esta ocurrirá en el futuro. Es la batalla de la cristiandad, presidida por España, contra el poder turco la que se desarrolla en el Mediterráneo. Destaca aquí la figura de Juan de Austria, el hijo bastardo de Carlos V.

La esfera de Fitón se ensombrece y la narración retoma los sucesos de Arauco, principalmente la batalla de Millarapué que se desarrolla a partir de una estrategia de ataque araucano que consiste en enviar primero a un espía que propone, de parte de Caupolicán, un duelo entre él y don García para luego atacar a los españoles por sorpresa. El exordio del canto XXV donde esto se narra, elogia el arte militar de los araucanos, dignos de todo encomio, calificándoseles como maestros y modelos en el arte de la guerra. *Podemos tomar dellos doctrina*, dice el poeta. Variadas figuras individuales, de uno y otro bando, se destacan, sobresaliendo la fiereza de Galvarino y su encendida arenga. La narración de la batalla, que queda inconclusa para terminarse en el canto XXVI, pone acento en lo denodado de la lucha y en los reveses que afectan a las acciones de los hombres. El exordio del canto XXVI advierte acerca de la inestabilidad del tiempo venturoso y ello se ejemplifica con la narración del resultado final de la batalla de Millarapué, en la que triunfan los españoles luego que parecía que el triunfo estaba de parte de los araucanos. La visión del narrador es fuertemente crítica.

Los nuestros hasta allí cristianos
que los términos lícitos pasando,
con crueles armas y actos inhumanos
iban la gran victoria deslustrando,
que ni el rendirse, puestas ya las manos,
la obediencia y servicio protestando,
bastaba aquella gente desalmada
a reprimir la furia de la espada.

Así el entendimiento y pluma mía,
aunque usada al destrozo de la guerra,
huye del grande estrago que este día
hubo en los defensores de su tierra
la sangre que en arroyos ya corría

por las abiertas grietas de la sierra,
 las lástimas, las voces y gemidos
 de los míseros bárbaros rendidos.

A ellos se une el hecho de que, en el plano del personaje, Ercilla es increpado e impelido a combatir; como personaje, también se condele del suplicio de ahorcar a doce de los araucanos e intenta salvar a Galvarino que se resiste a ello con expresiones de fuerte repudio a los españoles. Como narrador, Ercilla extrema los detalles de horror y califica de desatino, insulto y castigo injusto el ahorcamiento de los caciques, uno de los cuales implora por su vida llevándose la airada repulsa de Galvarino.

Los españoles se establecen en Tucapel y Ercilla tiene un segundo encuentro con el mago Fitón. Él anticipa los cambios de fortuna que habrá en el futuro para la nación española. Dice:

y aunque vuestra fortuna ahora crezca,
 no durará gran tiempo; porque os digo
 que, como a los demás, el duro hado
 os tiene su descuento aparejado.
 Si la fortuna así a pedir de boca
 os abre el paso próspero a la entrada,
 grandes trabajos y ganancia poca
 al cabo sacaréis de esta jornada.

Fitón le da acceso a su jardín y a la esfera o globo donde Ercilla verá reflejado el mundo. La descripción se introduce con el exordio del canto XXVII referido a la necesidad de brevedad del discurso y a la declarada voluntad de abreviar para no cansar. El tópico tradicional de la visión panorámica del mundo que Ercilla desarrolla como mostrado por la magia de Fitón, pone de relieve la extensión del dominio español.

Después de abandonar el recinto de Fitón, camino a Cautén, Ercilla encuentra a la hermosa Glaura, cuya historia será materia del canto XXVIII y otro ejemplo del cambio de Fortuna, a lo cual está dedicado el exordio de ese canto. La descripción de la muchacha responde a las convenciones de la literatura cortesana. Ella cuenta a Ercilla su historia: requerida de amores por un pariente, queda sola y abandonada cuando un ataque español mata al pariente y al padre de la muchacha. Huyendo por los bosques, es atacada por dos negros y salvada por un

joven araucano, Cariolán, a quien ella –típica figura de la doncella perseguida– toma por su guarda y marido. Atacados luego por unos cristianos, ella se oculta y al cesar el ataque, se ve sola, sin protección y dolorida por el desaparecimiento de su amado a quien busca sin encontrarlo y deseando morir. Interrumpe el relato de la muchacha la llegada de un yanacona de Ercilla que viene a advertir sobre el peligro de una emboscada. Es Cariolán. Los amantes se reencuentran. Ercilla da la libertad al yanacona y éste y su amada se marchan. Es la única historia de amor venturosa que se narra en el poema.

Luego de relatar cómo Cariolán llegó a ser su yanacona, el narrador da cuenta de la batalla de Purén y se representa así mismo jugando un rol decisivo para evitar que se consuma la victoria araucana. Compensación tal vez de su renuencia a combatir manifestada en el canto anterior.

Si bien el triunfo araucano no se consuma, los españoles sufren grave deterioro y solo logran regresar al fuerte, maltrechos y malheridos, mientras los araucanos asolan los campos, robando y saqueando, cosa que es castigada por Caupolicán.

El canto XXIX, final de la segunda parte, se inicia con un exordio que exalta el valor del amor a la patria, enumerando a figuras de la antigüedad que dieron muestra de ello, entre las cuales *merece estar esta araucana gente*.

Desde este canto, empieza a adquirir relieve la figura de Caupolicán, hasta aquí relegado a un segundo plano. En el mundo narrativo, él es el personaje de larga vida y en el que parecen representarse las vicisitudes de la existencia humana.

Ante el Consejo araucano, Caupolicán incita a sus hombres a retomar la lucha, pero se interpone el iracundo Tucapel que exige que se realice el postergado duelo que él tiene pendiente con Rengo, el que se narra, pero se deja inconcluso hasta el próximo canto que viene a ser el primero de la Tercera Parte.

El narrador exhibe clara conciencia de estos juegos narrativos. Así dice en la conclusión del canto XXIX:

Mas quien el fin deste combate aguarda
me perdone si dejo destroncada
la historia en este punto, porque creo
que así me esperará con más deseo.

Y en el canto siguiente, luego de un exordio referido a lo reprobable de los desafíos o duelos, el narrador declara:

Déjolo aquí indeciso, porque viendo el brazo
en alto a Tucapel alzado,
me culpo, me castigo y reprehendo
de haberle tanto tiempo así dejado;
pero a la historia y narración volviendo,
me oísteis ya gritar a Rengo airado,
que bajaba sobre él la fiera espada
por el gallardo brazo gobernada.

La tercera parte del poema no contiene textos preliminares. La narración adquiere un ritmo entrecortado que hace pasar de una historia a otra, para dejar varias de ellas inconclusas. Hay frecuentes declaraciones del narrador señalando que omite narrar acontecimientos para no cansar ni extender más el discurso, lo que corre paralelo al cansancio del poeta de seguir relatando hechos bélicos, el que se acentúa en la misma medida que se enfatiza la expresión de desengaño del mundo experimentada por la figura de Ercilla al interior del mundo narrativo.

La secuencia que se abre en el canto XXX, en lo que se refiere a la guerra en Arauco, se inicia con el fin del combate entre Rengo y Tucapel, exangües y requeridos por Caupolicán para que hagan las paces. Mientras en el bando español, García Hurtado de Mendoza restituye el orden en La Imperial y Reinoso queda a cargo del fuerte de Purén, hasta donde llegan noticias de que Arauco ha vuelto a levantarse en armas y de que Caupolicán, tras las derrotas, ha ido perdiendo autoridad y su buena fortuna.

Ante el senado araucano, Caupolicán propone asaltar el fuerte español, convenciendo de ellos a sus hombres que vuelven a darle obediencia. Pero la estrategia elegida, basada en la utilización de un espía para que se informe sobre las fuerzas españolas y un plan de ataque para sorprender a los españoles desprevenidos, no es compartida por los caciques principales. El plan fracasa porque el espía Pran es traicionado por el yanacona Andresillo y el ataque es violentamente repelido por los españoles del fuerte. El narrador expresa, en el exordio del canto XXXI, su severa sanción a la traición de la amistad; su mirada pone énfasis en los horrores y destrozos de la batalla, se conduele de que los españoles no tengan clemencia con los vencidos, materia del exordio del canto XXXII, y declara que no sabe con qué palabras referir este sangriento y crudo asalto.

Luego de la derrota, se precipita la caída de Caupolicán. Desbaratado su ejército, con solo diez hombres de confianza, se oculta en apartados lugares.

Traicionado por un indio, es aprehendido y finge ser un soldado sin importancia. Su mujer, Fresia, lo increpa, furiosa; ante Reinoso, Caupolicán implora por su vida y ofrece obediencia al rey español. Al mismo tiempo declara haber realizado ciertas acciones; como haber dado muerte a Valdivia, lo que efectivamente no hizo. Pide ser bautizado. Y finalmente, con gran dignidad, sufre horrenda muerte, empalado y asaetado. Su figura sufriente, recuerda la del martirio de San Sebastián.

El narrador no solo se conmueve, declara que, de haber estado él presente, habría impedido esta atrocidad cuyo solo relato entenece al más cruel y empedernido oyente.

En el exordio del canto XXXIV, el narrador reflexiona sobre la situación de Caupolicán en cuanto ilustra las mudanzas de Fortuna y lo penoso de una larga vida que deslustra los hechos de los grandes hombres.

Pero, entre medio de la secuencia que protagoniza Caupolicán, Ercilla narra su deambular por los campos de Arauco, donde se encuentra con la joven Lauca, quien ha perdido a su esposo en la guerra y herida camina deseando la muerte. Ercilla procura consolarla, la cura con hierbas y se refiere a su caso como uno más de los que ilustra *que es cosa cierta la muerte triste tras la alegre vida*, como también ilustra la ejemplar fidelidad amorosa de las mujeres araucanas, comparables con la de la *casta Elisa Dido*, cuestión que es rebatida por un soldado de la compañía de Ercilla, basándose en la versión de Virgilio sobre la reina de Cartago. A requerimiento de sus soldados, Ercilla les narra, refutando la versión de Virgilio, la historia de Dido, narración que ocupa los cantos XXXII y XXXIII. Este relato es, en definitiva, el que más se aparta de los asuntos que el poeta se ha propuesto narrar en su poema, ya que su vinculación con la historia central es reiterar la virtud de la mujer araucana que para él es comparable con las grandes figuras femeninas de la antigüedad.

Después de la muerte de Caupolicán, relatada en el canto XXXIV, la narración retoma el asunto de Arauco, refiriendo la turbación y desaliento que dicha muerte provoca y la rabiosa sed de venganza que mueve a los araucanos. Sin embargo, también señala que entre ellos aumentan las disensiones, discordias y odios, razón por la que Colocolo llama a una nueva junta. Pero ese relato se deja interrumpido:

Pero si no os cansáis, Señor, primero
que os diga lo que dijo Colocolo
tomar otro camino largo quiero...

Y así pasa a referir las acciones de don García, en su exploración del territorio situado al sur de Arauco. Invocando el espíritu invencible de los españoles, don García arenga a sus hombres y los incita a ir a la conquista de nuevas tierras.

En esas tierras, araucanos desbaratados por la guerra, a la cabeza de los cuales está Tunconabala, se organizan con astucia para impedir el paso de los españoles. La estrategia es mostrarse paupérrimos y ponderar la miseria de esas tierras para que así los codiciosos españoles no insistan en su avance. Tunconabala se constituye en un nuevo vocero del narrador para enjuiciar la codicia española. Su discurso contiene estrofas de fuerte crítica como las siguientes:

Que estos barbudos crueles y terribles
del bien universal usurpadores,
son fuertes, poderosos, invencibles
y en todas sus empresas vencedores;
arrojan rayos con estruendo horrible,
pelean sobre animales corredores,
grandes, bravos, feroces y alentados
de solo el pensamiento gobernados.

Y pues contra sus armas y fiereza
defensa no tenéis de fuerza o muro,
la industria ha de suplir nuestra flaqueza
y prevenir con tiempo el mal futuro;
que mostrando doméstica llaneza
les podéis prometer paso seguro,
como a nación vecina y gente amiga
que la promesa en daño a nadie obliga,

haciendo en este tiempo limitado
retirar con silencio y buena maña
la ropa, provisiones y ganado
al último rincón de la montaña,
dejando el alimento tan tasado
que vengan a entender que esta campaña
es estéril, es seca y mal templada,
de gente pobre y mísera habitada.
Porque estos insaciable avarientos,
viendo la tierra pobre y poca presa,

sin duda mudarán los pensamientos
dejando por inútil esta empresa...

A partir del canto XXXV adquiere mayor relieve el discurso autobiográfico que representa a Ercilla en su peregrinación por las tierras australes, mientras que el discurso relativo a la guerra de Arauco se vuelve máximamente discontinuo.

El viaje de los soldados hispanos por un territorio desconocido, con falsos guías que solo procuran perderlos en medio de una naturaleza hostil e impenetrable, una selva oscura como la de Dante, se convierte en verdadero camino de las pruebas, en experiencia de extravío en un mundo laberíntico donde se enfrenta a cada paso la inminencia de la muerte; todo ello afrontado con el ánimo de testimoniar el valor, altivez y honor de los españoles, los que a la vez sufren los temores y la incertidumbre con que los hombres enfrentan las situaciones límites de la existencia.

Esa penosa peregrinación termina en el fértil espacio de Ancud, desde donde ven el archipiélago y pueden saciar el hambre comiendo las sabrosas frutillas que les ayudan a reparar sus decaídas fuerzas. En ese espacio austral encuentran gentiles hombres naturales que les acogen con cordialidad.

Según lo dicho en el exordio del canto XXXVI, es el encuentro con el lugar ideal, un espacio privilegiado, carente de vicios donde es posible la verdad. Pero desde la perspectiva del narrador, ese lugar paradisíaco ya no existe, pues todo aquello fue destruido por los españoles. Dos estrofas del canto XXXVI condensan esa visión contrastante:

La sincera bondad y la caricia
de la sencilla gente destas tierras
daban bien a entender que la codicia
aún no había penetrado aquellas sierras;
ni la maldad, el robo y la injusticia
(alimento ordinario de las guerras)
entrada en esta parte habían hallado
ni la ley natural inficionado.

Pero luego nosotros, destruyendo
todo lo que tocamos de pasada,
con la usada insolencia el paso abriendo
le dimos lugar ancho y ancha entrada;

y la antigua costumbre corrompiendo
de los nuevos insultos estragada,
plantó aquí la codicia su estandarte
con más seguridad que en otra parte.

La narración, centrada en el personaje Ercilla, lo muestra explorando ese territorio y queriendo ser el primero en traspasar los límites, el primero en ir más lejos. Así lo deja testimoniado en la inscripción que a cuchillo hace en el tronco de un árbol:

Aquí llegó donde otro no ha llegado,
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco desastrado,
con solo diez pasó el desaguadero,
el año de cincuenta y ocho entrado
sobre mil y quinientos, por hebrero,
a las dos de la tarde, el postrer día,
volviendo a la dejada compañía.

Desde ese momento la narración se acelera. Abrevia, omite hechos, con conciencia de que pasa por ellos muy de prisa y no es prolijo en su relato. La narración autobiográfica refiere sintéticamente la vuelta de los españoles a la ciudad de La Imperial y también el caso no pensado del incidente entre Ercilla y Juan de Pineda. Este hecho turba las justas y fiestas que allí se celebraban y determina la precipitada condena que le impone don García. Se refiere aquí también la conmutación de la pena de muerte por el destierro al Perú, su estancia allí y su posterior deambular por el mundo, al servicio de Felipe II.

En el plano del narrador, se agudiza la conciencia de la discontinuidad, aceleración del relato y del desvío respecto de lo que inicialmente se propuso narrar.

¿Cómo me he divertido y voy apriesa
del camino primero desviado?
¿Por qué así me olvidé de la promesa
y discurso de Arauco comenzado?
Quiero volver a la dejada empresa
si no tenéis el gusto ya estragado,
mas yo procuraré deciros cosas
que valga por disculpa ser gustosas.

Quiere volver a la *consulta comenzada*, es decir, a la convocada por Colocolo, pero se resiste:

¿Qué hago, en qué me ocupo fatigando
la trabajada mente y los sentidos
por las regiones últimas buscando
guerras de ignotos indios escondidos
y voy aquí en las armas tropezando
sintiendo retumbar en los oídos
un áspero rumor y son de guerra
y abrazarse en furor toda la tierra?

Veo toda la España alborotada
envuelta entre sus armas victoriosas...

De esa manera anticipa la materia del canto final del poema en el que cantará el furor del pueblo castellano, *con ira justa y pretensión movido y el derecho del reino lusitano a las sangrientas armas remitido*. Más que narración de hechos, el canto desarrolla un discurso argumentativo fundado en la concepción de la guerra como derecho de gentes para justificar las pretensiones y derechos de Felipe II al trono de Portugal. Respecto del plan narrativo enunciado en el exordio del poema, el discurso se ha tornado francamente errático y de ello hay clara conciencia en el narrador, que así lo señala:

Voime de punto en punto divirtiendo
y el tiempo es corto y la materia larga,
en lugar de aliviarme, recibiendo
en mis cansados hombros mayor carga.

Promete resumir y finalmente renuncia a seguir narrando hechos para entregar una apretada síntesis de su trayectoria personal de servicios al monarca, de los grandes trabajos padecidos, de la injusticia de la condena que le diera el *mozo capitán acelerado*, es decir, García Hurtado de Mendoza en La Imperial, de la ingratitud del monarca que no ha recompensado con justicia los servicios prestados, para señalar finalmente que

al cabo de tan larga y gran jornada
hallo que mi cansado barco arriba

de la adversa fortuna contrastado
lejos del fin y puerto deseado.

Renuncia a seguir cantando y señala que otros pueden referir los hechos del rey, pues él solo quiere volverse a Dios en espera de su perdón, preparándose para una buena muerte.

El canto del poeta que se inicia con el entusiasmo de referir hechos heroicos y proclamar valores marciales, se ha ido transformando en el desarrollo del discurso en expresión de denuncia de los horrores y excesos de la guerra, de toda guerra y, en esa medida, la contrapartida del amor como valor que permanece más allá de la destrucción y el deterioro que producen las guerras. Paralelamente, el entusiasmo va cediendo ante el generalizado sentimiento de desengaño del mundo que se relaciona con la concepción de la Fortuna como poder que transforma todas las realidades humanas en un movimiento que, casi sin excepciones, las hace transitar de la ventura a la desventura, desde la grandeza a la miseria. Nada permanece en un estado, las mudanzas de Fortuna afectan a todos los componentes del mundo narrativo. Solo permanecen inalterables la sabiduría de Colocolo, la impulsividad e iracundia de Tucapel y el amor de las mujeres araucanas que persiste más allá de la muerte de sus amados.

Y de la misma manera, las mudanzas de Fortuna transforman al personaje Ercilla, a quien tanto su experiencia de testigo y protagonista de la guerra de Arauco como su largo peregrinar por el mundo le han modificado su visión. Una visión que transita entre la convicción acerca de la justicia de la guerra y la grandeza de la España imperial a su problematización y crítica acerba. Consecuentemente con ello, el canto inicialmente propuesto se va transformando para rematar en ese llanto final con el que el poeta concluye su poema.

Y yo que tan sin rienda al mundo he dado
el tiempo de mi vida más florido
y siempre por camino despeñado
mis vanas esperanzas he seguido,
visto ya el poco fruto que he sacado
y lo mucho que a Dios tengo ofendido
conociendo mi error, de aquí adelante
será razón que lllore y que no cante.

* Las referencias al texto de Ercilla corresponden a la edición de *La Araucana* de editorial Castalia, 1983, al cuidado de Marcos A. Morínigo e Isaías Lerner.

LA ARAUCANA, SU GOLEM Y LA METÁFORA DE SU MEMORIA QUEBRADA

BERNARDO COLIPÁN FILGUEIRA

La Araucana constituye un primer relato totalizador que ordena un tipo de memoria estableciendo los hechos y los personajes en una secuencia constituida por una vértebra épica, mediante la cual se narra el encuentro de dos etnias. Este relato épico en octavas reales se constituyó con el tiempo en la relación de una etnia dominante por sobre otra subordinada.

Aun así, en sus primeros cantos se advierten todos los aspectos sociales todavía presentes en la sociedad mapuche actual. Es posible, por lo mismo, reconocer la autoridad de los *Lonko* y la existencia de los *Kimche*² e identificar una nación articulada en *Aillarehue*² capaces de movilizar a todo un pueblo desde el *Pikun Mapu*³ hasta el *Willi Mapu*⁴; junto a ello se advierten normas establecidas y cohesionadas en una estructura socio-cultural llamada *Ad Mapu*⁵. Todas estas son situaciones que llamaron mucho la atención al poeta, lo que permite suponer que estuvo asesorado por *Weupife*⁶ y soldados veteranos. En relación a este primer orden de la memoria, Neruda dice de Ercilla: "A él le debemos nuestras constelaciones. Nuestras otras patrias americanas tuvieron descubridor y conquistador. Ercilla no sólo vio las estrellas, los montes y las aguas, sino que descubrió, separó y nombró a los hombres y al nombrarlos les dio existencia. El silencio de las razas había terminado"⁷. Sin embargo, junto a este orden aparente que demuestran los cantos, existen también pliegues, ciertas trampas en la memoria que con el paso del tiempo se comienzan a visibilizar nítidamente: un concepto patriarcal que en un contexto colonial instala un padre simbólico que rige el poder, representado por una figura sin raza, etnia, clase y tradición escrita. El padre representado acá, se asienta en una estructura hegemónica y siendo, en definitiva, un patriarca blanco y occidental, trae consigo una pluma con la que se escribe a sí mismo al escribir también a los Otros.

Este poeta de la conquista, que escribe y fija al Otro (mujer, indio, tierra, oralidad) en su propia tradición escrita, establece el poder de determinar su propia posición respecto a lo que construye. Sin duda, la primera saga de

- 1 *Kimche*: sabio mapuche.
- 2 *Aillarehue*: Agrupación de nueve *rehue*. Constituye la organización territorial en la cual se articulaba la organización social mapuche al momento de la invasión española. Un *rehue* se entiende como la agrupación de varios *Lof* o territorios. Un *Lof* cohesionaba a su vez a varias comunidades y estas se encuentran constituidas por varias familias.
- 3 *Pikun Mapu*: Etimológicamente significa "tierras ubicadas al norte".
- 4 *Willi Mapu*: tierras ubicadas al sur del territorio mapuche.
- 5 El *Ad Mapu* constituye el referente social y político que otorga sentido a la vida del mapuche en comunidad. En el *Ad Mapu* -nuestro código civil consuetudinario- están cifradas las tres dimensiones de las cuales está compuesta la realidad: la relación o vínculo entre tierra-hombre-naturaleza. También ordena el sistema organizacional mapuche, la organización religiosa (mundo simbólico) y el sistema socio-político; en rigor la forma propia y diferenciada de concebir y estar en el mundo, desde todas sus dimensiones.
- 6 El *weupife*, al interior del orden socio-cultural, posee la función del narrador de hechos y episodios históricos relevantes para la comunidad y el *lof*.
- 7 Citado en Rojas, Waldo: "La Araucana de Alonso de Ercilla y la fundación legendaria de Chile. Del Araucano ideal al Mapuche terreno", p. 3.

este gran relato está presente en las cartas de Pedro de Valdivia, el primer encomendero. Le sigue a éste la pluma del estado nación que construye al araucano como el sujeto que se proyecta en un símbolo conveniente a la construcción de un ideario nacional y al mapuche como el sujeto humano al margen de la sociedad escrita. *La Araucana* deviene así en un gran pez, un escualo con su propia gramática, que es capaz de otorgar sentido a nuevas narrativas nacionales posteriores, en donde confluye la ecuación de memoria y poder que construye su relato narrándonos a todos⁸.

En la cultura mapuche el ejercicio de la memoria es referido en un registro variado de palabras: *tukulpanzungun*, por ejemplo, vendría a ser el ejercicio de traer a los antepasados al presente y *kuifiquezungun* sería traer los hechos tanto comunes como significativos al momento en que nuestro corazón los quiere oír. Como existe una débil membrana entre la memoria y el olvido, el ejercicio de desmontar el relato que desde fuera nos ha constituido nos lleva a establecer un arco estrecho de relaciones entre este primer relato totalizador —que, repito, nos construyó como sujetos simbólicos—, y los que después se colgaron a él desde una memoria oficial. Y es que como mapuches siempre estamos enfrentados a cantos y ecos de un tiempo pasado que se filtran por los pliegues abiertos de una siempre hegemónica textura simbólica elaborada por una cultura dominante⁹.

Desde el punto de vista etnonacional, *La Araucana* tiene como argumento la rebelión de los indígenas araucanos y su sometimiento por las tropas españolas. Ercilla fue soldado de la guerra que cuenta y celebra; historiza la poesía y poetiza la historia. De la historia se selecciona lo que se estima poetizable, es decir, aquello que es capaz de adquirir cierta categoría estética, y a lo histórico se le añade una cierta dosis de elementos poético-fantásticos. Está claro que los mapuches son elevados a una categoría mítica, mientras que los españoles se mantienen en el terreno de lo real, de lo histórico. No cabe duda, a fin de cuentas, que *La Araucana* fue capaz de producir ciertos tótems o figuras arquetípicas que cada cierto tiempo reflotan e influyen notoriamente en el imaginario nacional.

8 En palabras de Bhabha K, Homi constituye "la áspera prosa del poder que cada nación esgrime en su propia esfera de influencia", en Bhabha K, Homi: *Narrando la Nación*. www.cholonautas.edu.pe. Biblioteca virtual de Ciencias Sociales, p. 1.

9 Se puede decir que las primeras imágenes favorables al mapuche, se tornaron negativas cuando éstos robustecieron sus resistencias al poder colonial existente. Para Holdenis Casanova los españoles "más que plantearse el problema de cómo eran realmente los mapuches, la cuestión esencial fue *qué hacer con ellos*, qué mecanismos utilizar para vencer sus oposición y transformarlos en sujetos funcionales." La construcción de la imagen del bárbaro, del salvaje que no tiene alma, el incapaz relativo, se sostuvo en un principio en común: en la negación del "otro" que lo situara en un horizonte social de tipo asimétrico, que justificase y reglamentase una relación de poder y subordinación. En Casanova, Holdenis: "La Araucanía colonial: Discursos, imágenes y estereotipos (1550-1800)", en Pinto, Jorge: *Del Discurso colonial al proindigenismo*, Temuco: Edic. UFRO, 1996. pp 80.

La Araucana como un dispositivo de la mentalidad colectiva

Los personajes y situaciones del poema, despojados de sus corpus literarios y tempranamente devenidos en formas arquetípicas de uso corriente, han servido de diversas maneras a la causa republicana, ocultando la condición concreta reservada al indígena real por la institución chilena.

Para explicar y fundamentar lo expuesto, vale la pena acudir a otro ejemplo literario: en 1978 Jorge Luis Borges publica en el *Libro de los seres imaginarios* un poema llamado "El Golem"; en él menciona al rabino Judá León quien, con permutaciones y complejas variaciones, da vida a una criatura llamada Golem la que, finalmente, adquiere vida y condición propia lejos de su creador. El Golem mapuche creado desde el primer relato titulado *La Araucana*, aparece también cada cierto tiempo lejos de su propio sujeto o molde, recordándonos desde lo hegemónico que el hombre es el sentido de la cosa, de lo creado. Este Golem como material epopéyico es trastocado y maquillado en cada celebración cívica. Por una parte, la oligarquía poseedora de la tierra exacerba la condición heroica del araucano y, por otro lado, lo despoja de sus territorios. A falta de templos imponentes o palacios antiguos, se dice que Chile tiene un monumento en versos orientado a la apología de su población más ruda.

José Victorino Lastarria en 1844 nos habla de este Golem mapuche de la siguiente manera:

"Confieso, señores, que yo habría preferido para mover nuestros corazones con el entusiasmo de la gloria o de la admiración... de la cordura de Colocolo, de la prudencia y fortaleza de Caupolicán, de la pericia y denuedo de Lautaro, de la ligereza y osadía de Painenancu"¹⁰.

Y Andrés Bello, por su parte, señala:

"El sentimiento dominante de la Araucana es de una especie más noble: el amor a la humanidad, el culto de la justicia, una admiración jenerosa del patriotismo i denuedo de los vencidos"¹¹.

Los criollos independentistas vieron en la guerra araucana el antecedente inmediato de la lucha anticolonial y por esta razón construyeron un discurso que

10 Citado en: Lászar, Amado: *Lo Chileno en tierra mapuche. Héroes de pluma*, Santiago: Mosquito Editores, 2007, p. 41
11 Lászar, Amado, *op. cit.*, p. 39

retomaba las viejas bandéras de Lautaro y Caupolicán. En este mismo sentido, Simón Bolívar en su *Carta de Jamaica* se refiere a los indios americanos como "fieros republicanos de la Araucanía, ¿Qué son los semidioses de la antigüedad al lado de nuestros araucanos? El Hércules de los griegos en todos sus puntos de comparación ¿No es notablemente inferior al Caupolicán y el Tucapel de los Chilenos"¹².

La población chilena actual revela en su apariencia física las huellas de un sostenido y amplio mestizaje; sin embargo, los compatriotas prefieren no reconocer plenamente esa filiación ancestral, salvo los aspectos más celebrados de las figuras simbólicamente positivas presentes en *La Araucana*, idealizadas y mediatizados por arquetipos. A este respecto el novelista decimonónico Alberto Blest Gana, profiere, sin ningún rodeo, estas frases que aún se mantienen en el inconsciente colectivo nacional:

"La Constitución (de 1828) abolió los títulos, mas no pudo abolir la nobleza por dicha nuestra... Bien que muchos pretenden que no es ilustración ni el brillo intelectual lo que estas familias nobles se han encargado de perpetuar, puede a los tales respondérseles que en cambio han conservado la pureza de la raza, lo que es una base de progreso en todo país sensato, y van transmitiendo a sus herederos la blancura del cutis, sin lo cual cualquiera podría tomarnos por verdaderos indios, sin que nos quedase el derecho de ofendernos por tan insultante equivocación"¹³.

Siguiendo la huella del impacto del primer Golem creado por el poema de Ercilla, en 1817 los jóvenes patriotas se reúnen en una sociedad secreta llamada "Logia Lautarina" y apenas abiertas las hostilidades, los rebeldes tomarán por divisa dos versos de *La Araucana*: "Muertos podremos ser, mas no vencidos. Ni los ánimos libres oprimidos". Más tarde, en 1818, luego de derrotar a los españoles, Bernardo O'Higgins se encuentra con el extraño hecho de que los mapuches apoyaron a los peninsulares:

"¿Quién no creería que esos pueblos sean nuestros aliados en la lid que nos obligó al enemigo en común? Sin embargo, siendo idénticos nuestros derechos, disgustados por ciertos accidentes inevitables en guerra de revolución, se dejaron seducir por los jefes españoles"¹⁴.

12 En la misma *Carta de Jamaica* Simón Bolívar señala: "El Reino de Chile, poblado de 80.000 almas, esta lidiando contra sus enemigos que pretenden dominarlo; pero en vano, porque los que antes pusieron un término a sus conquistas, los indómitos y libres araucanos, son sus vecinos y compatriotas; y su ejemplo sublime es suficiente para probarles, que el pueblo que ama su independencia al fin la logra".

En Láscar, Amado, *op. cit.*, p. 19.

13 En Rojas, Waldo, *op. cit.*, p. 4

14 En Láscar, Amado, *op. cit.*, p. 21. En la constitución de O'Higgins del año 1822, se expresa claramente quienes serán chilenos, estableciendo que dicha condición será para todos los nacidos en el territorio de Chile, y que dichas personas serán iguales ante la Ley, sin distinciones de rango ni de privilegios. Pero por otro lado, en la misma constitución, se expresa claramente que no todos los chilenos podrán serlo, sólo quienes sean mayores de veinticinco años o casados y que sepan leer y escribir. Desde ya, en el nacimiento del Estado-Nación, los mapuches quedan fuera del proyecto moderno, pues en su mayoría no saben leer ni escribir el castellano, ya que poseen una cultura distinta sustentada oralmente en *el Ad Mapu* y con un lenguaje propio: *el mapudungun*.

Pero a pesar de aquello, la influencia del poema épico fue, antes y después de estas palabras del Director Supremo, continua y poderosa. Prueba de esto es que el primer escudo de armas de Chile muestra a dos araucanos como íconos principales; más tarde, cuando este símbolo patrio ya se ha entronizado en las filas independentistas, acontece la "guerra a muerte". Posteriormente "La Aurora de Chile" es reemplazada por el "Monitor Araucano" y el primer navío de la flota patriota es bautizado con el nombre de "Lautaro". Por su parte, a mediados del siglo XIX el erudito Abraham Koning señalaba: "que España nos perdone, pero Ercilla es el primer escritor chileno, fundador de nuestra historia nacional". Koning, como cumpliendo un sagrado deber patriótico, emprende una versión oficial del poema cuya publicación data de 1888 y va acompañada de la mención "edición para el uso de los chilenos, con noticias históricas, biográficas i etimológicas". No hemos de olvidar, por último, que el primer regimiento que ingresa al territorio mapuche es el Regimiento Caupolicán¹⁵ y ese mismo año la Guerra de la Pacificación se halla consumada¹⁶.

La nación también constituye una narración, por lo tanto *La Araucana* fue suscrita dentro de la áspera prosa del poder en el proceso de construcción del estado nación chileno. Se evidencia, al considerar estos datos, la particular ambivalencia que persigue y de algún modo sustenta la idea de nación en nuestros próceres, políticos e intelectuales y el lenguaje de los que escribieron y aún escriben a partir de ella. *La Araucana* generó la emergencia de una racionalidad política nacionalista como una forma narrativa prestigiosa y desarrolló ejercicios de desplazamientos metafóricos y apropiaciones simbólicas que han validado procesos políticos muy concretos e históricamente situados. Con el paso de los siglos, ya es posible ver los desplazamientos y los choques que afectan a tales símbolos y discursos. Por ejemplo: la república puso nombres a determinados lugares como Lautaro, Galvarino, Ercilla y son esos los lugares, paradójicamente, donde en la actualidad existe la mayor represión en lo que la prensa oficial ha denominado "el conflicto mapuche".

El diario *El Mercurio* de Valparaíso en 1859 menciona:

"Los hombres no nacieron para vivir inútilmente y como los animales selváticos, sin provecho del género humano, y una asociación de bárbaros, tan bárbaros como los pampas o como los araucanos, no es más que una horda de fieras, que

15 El Batallón Caupolicán, llega proveniente de la Guerra del Pacífico a la Frontera en noviembre de 1882 y después de la expedición a Villarrica el año 1883, se instala como guarnición en el Alto Bío Bío y otros fuertes de avanzada. Ver en: Navarro, Leandro: *Crónica militar de la conquista y pacificación de la Araucanía desde el año 1859 hasta su completa incorporación al territorio nacional*. Santiago: Pehuén editores, 2008, p. 402.

16 En Rojas, Waldo, *op. cit.*, p. 15. Formalmente la declaración de guerra contra los mapuches la extiende por decreto el presidente Manuel Montt el 17 de septiembre de 1859. Entre sus puntos se autoriza invertir veinticinco mil pesos en gastos extraordinarios de guerra, ocho mil pesos en guerrillas y partidas sueltas que auxilien al ejército de la ocupación; también consideraba pago para que espías se introduzcan en las comunidades para proveer de datos a la comandancia a cargo de la guerra. La Guerra de la Pacificación se extiende desde el año 1861 hasta el 1° de Enero de 1883, fecha en que el ejército ocupó las antiguas ruinas de la ciudad de Villarrica y fundó la nueva población. Epulef, lonko principal del territorio, intentó organizar la resistencia, pero ya todo estaba consumado. Ver en: Navarro, Leandro: *Crónica militar de la conquista y pacificación de la Araucanía desde el año 1859 hasta su completa incorporación al territorio nacional*. Chile. Santiago: Pehuén editores, 2008, p. 35.

es urgente encadenar o destruir en el interés de la humanidad y en bien de la civilización"¹⁷.

Y Vicuña Mackenna, parlamentario chileno señala:

"Brutos indomables, enemigos de la civilización, adoran solo los vicios en que viven sumergidos, la ociosidad, la embriaguez, la mentira, la traición y todo ese conjunto de abominaciones que constituyen la vida salvaje"¹⁸.

Conocer la retórica en la que se instala la nación nos lleva a tocar la memoria mas profunda, el tiempo más largo, la racionalidad que está detrás de las tendencias autoritarias. Sin duda, la perspectiva ambivalente y antagonista de la nación como narración, establece las fronteras culturales de ella, de modo que puedan ser reconocidas como tesoros "contenedores" de sentidos, que necesitan ser cruzados, borrados y traducidos en un proceso de significaciones culturales. Se trata de llegar a una reflexión y a la construcción de un relato para que el "otro" nunca esté más afuera o mas allá de nosotros, sino que lo pensemos también "entre nosotros", pues el estado nacional ha podido hacer que los sujetos explotados, desposeídos, marginales y dominados dentro de sus fronteras se sientan, junto a la clase política dominante, partícipes de una identidad común.

A pesar de las imposiciones, en la actualidad existe una liberación epistemológica puesta en marcha por la poesía mapuche contemporánea en su afán por matar al padre del primer poema escrito desde el territorio mapuche. Ésta ha consistido en desarticular la creencia en una imagen, que no es más que un reflejo de la manera en que el discurso colonial ha producido un Golem y sus agentes subalternos. El proceso de subjetivación llevado a cabo por los poetas mapuches, único en la poesía chilena contemporánea, construye un germen para una transformación epistemológica de sus propios horizontes narrativos. Tal situación, por cierto, va a incidir en las significaciones culturales que se elaboren sobre el sujeto que narra desde su propia orilla y en las representaciones que los poetas elaboren desde una realidad, un espacio, un tiempo y una memoria apropiada a su condición de escritores indígenas contemporáneos.

17 "La civilización y la barbarie", *El Mercurio*, 25 de Junio de 1859. Citado en Pinto, Jorge: "Del Discurso colonial al proindigenismo" Temuco: Ediciones UFRO, 1996.

18 "Primer discurso sobre la pacificación de Arauco", 9. 8. 1868. en "Obras Completas de B. Vicuña Mackenna", Vol. XII, p. 410-411.

BERNARDO COLIPÁN FILGUEIRA. Profesor de Historia y Geografía. Poeta e investigador de la cultura mapuche. En la actualidad es coordinador cultural del Programa Orígenes-Conadi en la Región de los Ríos.

EMMA DE RAMÓN

ERCILLA CONSTRUYENDO LA GEOGRAFÍA DE UN PAÍS

Apenas se comienza a hurgar en la llegada de los conquistadores al territorio que hoy conforma nuestro país y cuando nuestra curiosidad ya no se sacia con la información que aparece y “consta” en los libros más tradicionales de historia, el misterioso ir y venir de lo dicho y lo no dicho en los documentos que aún conservamos de aquella época toma su lugar, pormenorizándonos circunstancias y hechos o haciéndonos evocar tiempos, lógicas, espacios, gente, fragancias y texturas remotas. Claro, porque una cosa es lo que “consigna” el documento y otra, muy distinta, lo que podemos presumir que ocurría según se insinúa en aquellos textos. En el primer caso, es “la verdad” lo que se ha recogido en la historia oficial sellada con mil escrituras que narran, una y otra vez, la conquista de este “indomable” reino y los trabajos que de dicho proceso de conquista se desprendieron para los invasores y ,según esta historiografía, muy subsidiariamente para las culturas indígenas. Por ejemplo, la crónica que nos ocupa, dedica largos versos a describir batallas, actos intrépidos de los contendores, actos de arrojo o entrega, gestos de valentía, dolores, pérdidas, encuentros y desencuentros. Gran parte del esfuerzo de Ercilla en su poema radica en contar los hechos; tal o cual batalla en verdad existieron y los muertos o heridos en ella realmente fueron heridos o muertos ese día, en las circunstancias que narra el poeta.

Es importante recordar que aquella “verdad” relatada, aparentemente objetiva, ha sido deducida literalmente —y en muchos casos de manera acrítica— de documentación escrita por Valdivia, Ercilla, Vivar y por varias otras personas (hablamos de las decenas de cronistas que se han infiltrado en nuestra primera y más antigua historiografía), interesadas en impresionar favorablemente con las bondades de la región o con los propios méritos a ciertas autoridades como el rey, el Consejo de Indias o los altos funcionarios peruanos. Por tanto y al menos, sus versiones de lo ocurrido están oscurecidas por sus intereses. No tenemos por qué presumir que eran conscientemente mezquinos; tal vez simplemente era su manera de ver y relatar lo que les había ocurrido. Lo que sí constituye un error es la construcción de una “historia” basándonos sólo en el relato textual de estos documentos.

La segunda forma de abordar estos textos trata de escudriñar en lo implícito, en los rastros y las huellas de hechos, gestos y memorias que quienes escribieron, no quisieron o no pudieron o no supieron decir. Siempre se cita a este propósito la afirmación de Pedro de Valdivia en una de sus cartas, cuando describe la difícil situación que enfrentaron los conquistadores después del ataque y destrucción de Santiago por parte de Michimalónco y su ejército, el 11 de septiembre de 1541. Dice el caudillo, textualmente, refiriéndose a las circunstancias vividas por los nóveles pobladores de la ciudad unos días después del ataque:

“y viendo la grand desvergüenza y pujanza que los indios tenían por la poca que en nosotros veían y lo mucho que nos acosaban, matándonos cada día a la puerta de nuestras casas nuestros anaconcillas que eran nuestra vida y a los hijos de los cristianos”¹.

Como se puede observar, Valdivia menciona a “*los hijos de los cristianos*”, es decir, a los hijos de los propios conquistadores y se sabe que los españoles no traían otras mujeres –a excepción de Inés Suárez– que las indígenas del Perú y de otras regiones de América que venían apoyando la expedición como sirvientas. Por tanto, la frase confirma, indirectamente, que los conquistadores estaban amancebados con sus indígenas auxiliares y que con ellas tenían hijos reconocidos como tales, probablemente bautizados e incorporados plenamente a este pequeño mundo hispanizado y profundamente híbrido que se había desplazado desde Cuzco hasta el valle del Mapocho. Como resulta evidente, deslices como este hay muchos en las crónicas de la época, así como también las hay en el propio texto de Ercilla; los invito entonces a observar una de aquellas “omisiones” presentes en este texto.

En relación a lo ya señalado, quisiera reflexionar específicamente sobre una situación que siempre me ha llamado poderosamente la atención: la construcción por parte de estos primeros cronistas y por el resto que les siguió a lo largo de toda la colonia –incluso más tarde entre los historiadores del siglo XIX–, de una idea de patria y territorio que, desde luego, no existía entre los pueblos que habitaban estas tierras antes de la llegada de los conquistadores y que tampoco se explica al observar la serie de circunstancias políticas que afectaron al territorio durante toda la época colonial y gran parte del siglo XIX.

1 Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo I. “Cartas de Pedro de Valdivia al emperador Carlos V”. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861, p. 25.

Territorio chileno al momento de la llegada de Valdivia

Como se sabe, la organización política y cultural del territorio que hoy conocemos como Chile era, antes de 1540, muy distinta a la que conocemos actualmente, ya que existieron varios pueblos y culturas diferentes, dispersas en todo nuestro territorio, que compartieron algunos rasgos fruto tanto de la colonización inca como de sus mutuas interrelaciones. Así, de norte a sur se podía encontrar ocupando los valles a culturas –muchas de ellas desaparecidas– que hoy se conocen con nombres como Diaguitas, Picunches (o complejo cultural Aconcagua), Promaucaes, Mapuches, Huilliches, Pehuenches, etc. Es decir, lo que conocemos como “Chile”, no era para nada una entidad política unitaria que reconociera una cultura y un pasado común y que, por lo tanto, tuviese una noción de territorio semejante a la que puede percibirse desde muy temprano en las cartas y crónicas de los españoles. Al contrario, “la larga y angosta faja de territorio” –como se apoda a nuestra fisonomía geográfica–, se encontraba dividida y organizada culturalmente de acuerdo a los recursos que podían encontrarse en una región relativamente vasta, pero muy precisa que ocupaban pueblos que recibían, desde hacía unos 50 o 60 años, una creciente influencia quechua y que, cual más, cual menos, se habían convertido en sus tributarios tanto en el sentido estricto de la palabra, como también en un sentido más laxo al recibir su influencia cultural. Es esta, por cierto, una situación totalmente diferente a la que los españoles encontraron en el Alto Perú o en Quito, donde un mismo sistema político, una misma lengua y una misma cultura otorgaba y otorga unidad a la región.

Incluso es muy interesante constatar que era tan poco clara para los españoles la organización política y geográfica de América del Sur, que las primeras capitulaciones para conquistar fueron otorgadas en franjas horizontales señaladas por los paralelos, de norte a sur. En efecto, las primeras capitulaciones entregadas a Francisco Pizarro y Diego de Almagro por parte de Carlos V, dividían el actual territorio brasileño, ecuatoriano, peruano, boliviano, uruguayo, paraguayo, chileno y argentino en cuatro espacios que corrían de este a oeste. Cada una de estas franjas fueron entregadas a un conquistador distinto: la más norteña, a Pizarro; la siguiente hacia el sur, a Almagro; la siguiente a Pedro de Mendoza y la más austral a Simón de Alcabaza, cuya expedición terminó trágicamente en las islas del Estrecho de Magallanes después de un motín que cobró su vida.

En estricto rigor, el territorio entregado a Almagro por el rey el 21 de mayo de 1534 y bautizado como Nueva Toledo, abarcaba desde las inmediaciones sureñas del Cuzco, hasta aproximadamente unos 1.600 kilómetros al sur –limitando con la zona que actualmente ocupa la ciudad de Taltal–, además de toda la inmensa franja de territorio que corre desde el Pacífico hasta el Atlántico –el borde de éstos paralelos– y que actualmente toca a parte de cinco países: Brasil, Perú, Bolivia, Paraguay y Chile. Por supuesto que Almagro, conquistador de dilatada experiencia, no siguió esa lógica geográfica en su terrible viaje a Chile (1535-1536), sino el Camino del Inca que, partiendo desde el Cuzco, bajaba del altiplano hacia el actual norte argentino. En su penoso periplo, Almagro cruzó la cordillera por donde la cruzaban los mensajeros del Inca, es decir, por los pasos que conectan Argentina con Chile a la altura de Copiapó, mucho más al sur de lo que indicaban los límites australes de su jurisdicción. La lógica geográfica utilizada al fijar el curso de la expedición de Almagro fue, si pudiéramos llamarla así, la cordillera de Los Andes, considerada como una especie de columna vertebral que unía las vertientes orientales y occidentales de ésta y daba coherencia política al imperio prehispánico. Como sabemos, Almagro exploró su territorio por el lado argentino e incursionó en nuestro territorio hasta el valle del Mapocho, mientras que uno de sus capitanes lo hizo hasta las alturas del río Itata. Regresó, como era geográficamente lógico también, directamente al norte, cruzando el despoblado de Atacama hasta la actual Arequipa y desde allí remontó las alturas cordilleranas hacia el Cuzco, camino que fue, desde entonces, el más utilizado para la comunicación entre Perú y Chile.

En parte, esta división burocrática y absolutamente teórica establecida por la concesión territorial hecha por Carlos V a Diego de Almagro, heredada por Pizarro y derivada a Pedro de Valdivia primero como “teniente de gobernador” y después de su proclamación como Gobernador del reino, implicó la relación administrativa que mantuvo la Capitanía General de Chile con la región de Tucumán hasta 1563 y con la región de Cuyo, incluida en su territorio hasta el año 1776. En este sentido, podemos observar cómo durante buena parte del período colonial y, por supuesto, durante el par de años que Ercilla participó en la guerra de Arauco y en la consolidación urbana del reino, la cordillera de Los Andes, al menos respecto a una gran parte del territorio conquistado por entonces, seguía sosteniendo de manera simbólica la interpretación topográfica otorgada por los incas y por las culturas que los habían precedido; como decíamos, más que un límite era una

gran columna vertebral que unía y daba sentido económico y político a los valles y estribaciones que, al este y al oeste, se desprenden de ella.

Ercilla y la descripción del territorio chileno

Por ello es sorprendente que Ercilla exclame, al describir el territorio:

“Es Chile norte a sur de gran longura
costa del nuevo mar, del Sur llamado.
Tendrá del este al oeste de angostura
cien millas, por lo más ancho tomado
bajo del Polo antártico en altura
de veintisiete grados prolongado
hasta do el mar Océano y chileno
mezclan sus aguas en angosto seno”.

¿Por qué un español que venía llegando a esta región pocos años después del asentamiento de un pequeño grupo de pobladores dispersos, que en la práctica se habían asentado con una solidez relativa apenas en dos ciudades (La Serena y Santiago), interpretó que el país era largo y estrecho y que culminaba o limitaba en el Estrecho de Magallanes (al que apenas habían alcanzado unas pocas expediciones marítimas, buena parte de ellas fracasadas), esto es, precisamente donde se unen los océanos? ¿Por qué para él la cordillera de Los Andes era un límite y no un canal de comunicación como era para los pobladores nativos? Estas son dos preguntas centrales para interpretar la pregunta que tal vez pueda ser la más importante desde el punto de vista político: ¿Por qué el territorio chileno se configuró (para bien o para mal) siguiendo las interpretaciones de sus cronistas y no la de las tradiciones inmemoriales de sus antiguos habitantes? ¿Por qué este fenómeno ocurrió tan tempranamente (30 años después de la llegada de los primeros colonizadores y aún menos si consideramos las declaraciones de Valdivia sobre el tema)? ¿Por qué esta configuración tuvo tantas repercusiones y tan a largo plazo para la identidad territorial chilena, repercusiones tales como la construcción de este territorio “soñado” a través de varias guerras y ocupaciones territoriales ocurridas desde fines del siglo XIX hasta principios del siglo XX?

Para ser justos, Ercilla no fue el primero que prefiguró esta especie de isla larga y angosta inserta entre el mar y la montaña, como el territorio donde hoy nos hallamos instalados. En la carta de Pedro de Valdivia al rey, escrita en La Serena a 4 de septiembre de 1545, es decir, varios años antes que el Gobernador del Perú Pedro de La Gasca confirmase los límites de la nueva gobernación creada por Valdivia, éste declaraba, después de señalar que este reino comenzaba por el norte en Copiapó, que "hasta aquí [La Serena] hay cien leguas y siete valles en medio y de ancho hay veinticinco leguas" y que los indígenas al norte del valle del Aconcagua eran pobres; además indicaba "que esta ciudad de Santiago del Nuevo Extremo es el primer escalón para armar sobre él los demás, e ir poblando por ellos toda esta tierra a V.M. hasta el Estrecho de Magallanes". Como puede observarse, a pesar que en 1545 las concesiones reales señalaban que Valdivia se encontraba ocupando no los territorios que le habían sido delegados por Pizarro (la Nueva Toledo, antigua concesión recibida por Almagro), sino la parte occidental de los territorios otorgados a Pedro de Mendoza diez años antes con el nombre de Nueva Andalucía, el capitán se había otorgado la facultad no sólo de cambiar el destino de su camino y asentamiento de la colonia, sino también el objetivo final de su proyecto, es decir, ocupar el extremo austral del continente, la Nueva de León (otorgada originalmente a Simón de Alcazaba y posteriormente a Francisco de Alderete). Como si esto fuera poco, le había cambiado el nombre a toda la "tierra" llamándola "Nueva Extremadura" y había modificado de raíz y para siempre la fisonomía política que originalmente había impuesto la corona sobre estas tierras, señalando que de ancho la tierra tenía 25 leguas, es decir, unos 200 kilómetros.

A pesar de las declaradas intenciones de Valdivia de consolidar la ocupación longitudinal del territorio, la concesión de la gobernación que le hizo La Gasca en 1548 fue "desde Copiapó que está en 26 grados de parte de la equinoccial hacia el sur, hasta 41 norte sur, derecho meridiano y en ancho desde el mar la tierra adentro, cien leguas hueste leste". Es decir, desde las inmediaciones de la actual ciudad de Chañaral (al norte de Copiapó), hasta el sur de la actual ciudad de Osorno, unos dos mil kilómetros de largo por unos 800 de ancho aproximadamente, pasando por la cordillera de Los Andes hacia el actual territorio argentino, ocupando con ello los territorios de Tucumán y Cuyo. Queda claro, entonces, que aunque este nombramiento provino de alguien que estaba en Sudamérica y que había visto y andado la cordillera de Los

Andes, el criterio político aplicado tendió a la conformación de una región más o menos rectangular y a pasar por alto la configuración propuesta por Valdivia. Probablemente el criterio seguido fue el de la integración de ambas bandas de la cordillera, en vez de la pretensión valdiviana de la configuración territorial isleña para nuestro país.

Una segunda intervención importante en el sentido de destacar la cordillera como límite, correspondió al cronista Jerónimo de Vivar, compañero de Valdivia, en su "Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile". Este singular testigo de los primeros tiempos de la conquista realiza una breve, pero significativa descripción de la "cordillera nevada" en el capítulo 92 de su obra. Dice Vivar que

"Muchas veces se ha tratado de la cordillera nevada y pareciéndome justo quise decir d'ella y de dónde procede qu'es de Santa Marta y pasa por cerca de Cartagena y atraviesa todo el Perú y toda esta gobernación de Chile y llega al Estrecho de Magallanes y pasa adelante, según se ha visto. Desde Cartagena al estrecho son más de dos mil leguas. En muchas partes d'ella no se quita la nieve en todo el año. Tiene de atravesía veinticinco y treinta leguas y más de altas sierras y profundas quebradas. En esta gobernación es en parte montuosa la falda d'ella y en partes es pelada. Pásase por tres o cuatro partes y con gran trabajo. Son tres meses del año qu'es enero y febrero y marzo y todos los demás no se puede pasar por causa de los grandes fríos. El término que hay d'ella a la mar son quince y dieciséis y en partes diez y siete leguas y no hay más anchor y así va hasta el estrecho. Y en este compás va la población".

Como se observa, son varios los aspectos interesantes para nuestro tema que se desprenden de este párrafo. En primer lugar, se afirma que la cordillera es una característica de la geografía de Sudamérica y que la recorre de norte a sur de manera continua. No se trata de algunos cerros en una sierra localizada, sino de un filo que parte en dos la geografía. Así, el cronista señala que, además de extensa, en muchas partes la cordillera posee nieves eternas y que su ancho es de 250 kilómetros o más "*de altas sierras y profundas quebradas*", resaltando así su carácter inhóspito y las dificultades que presenta su ocupación e integración a un territorio. Para la sección chilena, el cronista incrementa las dificultades de su cruce señalando que no tiene más de tres o cuatro pasos habilitados y que éstos no pueden transitarse sino durante los meses de verano. Exagera, además,

esta dificultad señalando implícitamente que la cordillera corre pareja en altura y dificultad de cruce entre Santa Marta y el "Estrecho" cuando, en realidad, desde Chillán hacia el sur la cordillera de Los Andes reduce significativamente su altura y hacia el extremo austral es prácticamente inexistente. Es decir, la cordillera fue interpretada por Vivar como una barrera que impedía de muchas formas la integración de sus vertientes orientales y occidentales, aún cuando aquello no correspondía estrictamente a la realidad geográfica.

Visto con esta perspectiva, queda muy claro que la enunciación longitudinal de Chile realizada por Ercilla era, seguramente, una noción discutida entre los colonos durante los años 1557 y 1558, momento en que el poeta se encontró entre los soldados que servían en la frontera. Coincide esta visión con la fecha en la que Vivar redacta su "Crónica", que corresponde a dos o tres años después de la muerte de Valdivia, quien evidentemente era partidario de esta teoría. Dicha noción geográfica de Chile no era coincidente, sin embargo, con la visión del gobernador García Hurtado de Mendoza –a quien servía nuestro poeta –, quien fue el impulsor de la fundación de las ciudades al lado oriental de la cordillera. Entonces, podemos afirmar con cierta certeza que durante los primeros veinte años de la conquista y colonización de esta región, los europeos comenzaron a institucionalizar la noción de largueza de nuestro territorio, aún cuando esa versión difería considerablemente tanto de la realidad política de la ocupación como también de las instrucciones de la corte y de las autoridades españolas en América.

El registro como uno más de los conquistadores de Chile

El registro de las actividades de los conquistadores fue para ellos un requisito tan importante como la realización de la gesta. Llama la atención esta suerte de obsesión escritural que los embargaba. No hay campaña de conquista que no llevara a sus escribanos e, incluso, a sus cronistas quienes cumplían un rol tan significativo como el de los sacerdotes; el papel y la tinta equivalía al vino de misa y el pan ácimo. Así, ante la destrucción producida por el ataque a la recién fundada ciudad por Michimalonco y sus hombres, desesperado, Luis de Cartagena, escribano público y de cabildo, recurrió a cualquier medio para guardar la memoria de lo ocurrido durante aquel terrible tiempo en que no había

tinta con qué escribir ni había tampoco vino para consagrar. El notario escribió varios años después, cuando pudo contar con un nuevo libro, lo siguiente:

“ya es público y consta como el día que los indios d’esta tierra se rebelaron y vinieron con mano armada contra esta dicha ciudad, quemaron y pusieron en término de perderse todos los cristianos que en ella estábamos y la defendimos, se me quemó ún libro en que estaban asentados los cabildos y acuerdos que V.S. y mercedes habían hecho, así de la fundación d’ella, como en los términos se le señalaron y el repartimiento de solares y chácaras y medida que han de tener nombramiento de oficiales y otras cosas tocantes y competederas al servicio de S.M. y conservación de su ciudad, vasallos y naturales d’ella. Y saben asimismo como hasta que el capitán Alonso de Monroy, teniente general de V.S., vino con el socorro de las provincias del Perú, los cabildos y acuerdos se hicieron y cosas tocantes al gobierno d’esta dicha ciudad que habían de estar asentados en otro libro tal cual el que a mí se me quemó por falta del y de papel para lo hacer, tenía asentados los dichos cabildos e acuerdos en papeles y cartas viejas mensajéras y en cueros de ovejas que se mataban, que los unos papeles de viejos se despedazaban y los cueros me comieron muchos d’ellos perros por no tener donde los guardar. E así por esto, como porque después de la venida del dicho capitán vino papel en el navío que trajo los socorros a esta tierra, pido y suplico a V.S. y mercedes que porque tengo hecho un libro grande para asentar todo lo que se ha hecho en esta dicha ciudad después de su fundación y reedificación y que se empezaron a hacer cabildos, manden V.S. y mercedes señalar una persona o dos o los que fueren servidos, para que vean trasladar y asentar por orden cada un año por sí, todo lo que se ha fecho hasta principio de este presente año de mil quinientos y cuarenta y cuatro años; y V.S. y mercedes, después de sacado en limpio y visto por V.S. y mercedes estar en forma y bien, interpongan su autoridad y decreto, firmando en fin de cada un año los cabildos e acuerdos que parecieren en mi poder. Y en lo que pareciere haber falta, acuerden de nuevo y lo determinen para que lo asiente en dicho libro e pueda dar de ello fe e haya claridad de todo”.

Este fragmento da cuenta de varios elementos que son interesantes de analizar; en primer lugar, el objeto de la escritura es, de acuerdo a Cartagena, dar fe de las decisiones tomadas respecto a la novel ciudad, si es que podemos llamar así al campamento militar habitado tan precariamente por los conquistadores. Pues bien, en aquella agrupación de chozas, donde apenas se vivía a la manera española por la falta de insumos que pudieran afirmar la cultura que se pretendía implantar, se consideraba como una de las necesidades y acciones primordiales

el escribir las decisiones oficiales para que sirvieran de respaldo (o prueba) al reclamo posterior de derechos: un cargo oficial, una merced de tierras, una entrega de solares, el otorgamiento de alguna carta de vecindad, el cumplimiento de alguna normativa sobre pesos y medidas, etc. Cartagena consideraba que aquella era la única forma de generar e instaurar "claridad", es decir, orden entre los habitantes. La palabra escrita, entonces, garantizaba en medio de toda aquella precariedad la existencia de los actos: lo que está escrito existe, de allí su trascendencia. No cabe duda, entonces, que las cartas, crónicas y poemas establecieron una realidad geográfica original en la antigua configuración del territorio al sur del Cuzco. De esa innovación en la interpretación geográfica surgió lo que hoy entendemos por Chile, pero que en ese momento no era una idea comprendida ni por las autoridades españolas ni por parte de los colonos y ni, seguramente, por gran parte de los pueblos originarios que habitaban la región.

Una propuesta de interpretación y las consecuencias de la definición territorial

Es sabido que las crónicas tienen ese mismo objetivo: dejar constancia de lo que ocurre –lo que es verdad, a juicio de los letrados– y ofrecer fidedigno testimonio de los hechos ante las autoridades metropolitanas. La autoridad que regía en justicia y mantenía a sus pueblos en paz, signaba con la lectura de estas crónicas lo "verdadero". ¿Y qué era lo verdadero en ese momento? En el fondo, el sentido estratégico de estas poblaciones fundadas al sur del Perú –que pretendían mantenerse autónomas a su poderío, riqueza e influencia–, era el de mantener una comunicación viable y permanente con la metrópoli. Y para ello debían asegurar el paso expedito entre el océano Atlántico y el Pacífico. Si el "*Estrecho*" podía convertirse en un paso expedito, tal como llegó a serlo a fines del siglo XVIII y especialmente durante el XIX, entonces toda la franja de tierras ubicadas a lo largo de la costa del Pacífico tendrían un sentido geográfico estratégico en el camino hacia las islas de la especiería, motor que a fines del siglo XV y hasta antes del descubrimiento de los grandes tesoros argentíferos de México y el Perú (mediados del siglo XVI), movían todos los intereses de la Corona frente a este enorme continente que se había interpuesto en la ruta. Ese había sido el camino de Magallanes, el mismo de Loaysa. Y con el paso del tiempo, que trajo consigo las precisiones de los geógrafos y navegantes y el establecimiento

de colonias sólidas y bien cimentadas en la costa del Pacífico, el proyecto no tenía por qué abandonarse.

El problema para este proyecto fue que durante largos años no pudo concretarse. En efecto, no fue sino hasta la invasión de La Araucanía por parte del ejército chileno a fines del siglo XIX y la colonización de las tierras australes ocurrida desde mediados del siglo XIX hasta principios del siglo XX, cuando puede decirse que la hipótesis de Ercilla vino a concretarse. Antes de aquello, durante los años coloniales, nuestro territorio no pasó de estar constituido por dos o tres regiones en las que se asentaron los colonizadores, hibridándose éstos con la población local y con la población africana importada como mano de obra para las labores del campo y de la ciudad. Como se sabe, el reino de Chile se extendía desde La Serena hasta Concepción siendo ésta y, más tarde, Valdivia, campamentos militares más que ciudades. Entre medio, la propia La Serena, Santiago, la zona de Colchagua y Maule y tal vez Chillán como lugar de paso y polo de desarrollo de la agricultura sureña, fueron parte de una región en la que durante cientos de años se amasó, lentamente, la identidad chilena más tradicional.

En este sentido, es evidente que desde Valdivia en adelante, pasando por Vivar, Ovalle y Rosales y por cuanto cronista y relator de nuestra geografía podemos encontrar, se fue gestando, a modo de sustentación de una identidad peculiar y muy acendrada, ese "amor por Chile" que no puede ser más notable de destacar. Esta idea ha sido desarrollada con mucha claridad por Sergio Villalobos en su obra "El comercio y la crisis colonial". Concretamente, aborda este tema haciendo un detallado análisis sobre el nacimiento y consolidación de ese "amor a Chile", el que desde mediados del siglo XVII fue posibilitando la existencia de un proyecto de país soberano. A este propósito, Villalobos hace una remembranza de algunos criollos que desde mediados del siglo XVII comenzaron a construir nuestra identidad. Ovalle, por ejemplo, describe de este modo nuestro territorio:

"la atmósfera inundada de luz, la cordillera de azul y blanco, los arroyos de cristalinos bordados, las huertas rebosantes de frutas, los campos bien cultivados, los prados y valles que se pierden en los vericuetos de los Andes... todo allí es de lo mejor que hay en el mundo. Las cosechas rinden más que en ninguna parte; los frutos superan en mucho a los de Europa; los pájaros son

hermosos y de dulce trino; se desconocen las fieras y animales venenosos; la riqueza de las minas no admite parangón; el temple del aire es de tal suavidad que todo el año puede gozarse de la vida al campo abierto; el mar proporciona alimento barato y de calidad para contentar al paladar más regalado...”.

A Ovalle, nuestro autor agrega a otros ilustres criollos como Felipe Gómez de Vidaurre y, particularmente, a Juan Antonio Molina, todos ellos constructores en este periodo de esta identidad chilena y de la noción de las “grandes posibilidades del país”. Si agregamos a dichos ilustres jesuitas al autor del libro *El Cautiverio Feliz*, Francisco Núñez de Pineda –otro de los amantes de la geografía física y humana de Chile y profundo crítico de los abusos de muchos funcionarios y de la forma en que la metrópoli manejaba los asuntos chilenos– tenemos que este espíritu criollista estaba en pleno florecimiento desde mediados del siglo XVII y que claramente se mantuvo y continuó a todo lo largo del siglo XVIII, tiñendo con sus colores gran parte del imaginario nacional que hasta hoy se conserva.

A este ideario nacional se sumó, enrareciéndolo a mi juicio, toda la obra expansionista dirigida por la élite política a partir de mediados del siglo XIX y que culminó con la anexión de los territorios del norte y luego, como hemos dicho, los del sur. De manera que *La Araucana* no puede ser para nosotros simplemente una obra en la que se recuerdan las hazañas de conquistadores españoles y heroicos mapuche en resistencia e incluso, en ataque; debe ser interpretada como una obra que ha guiado la configuración de nuestro territorio y, con ello, de gran parte de nuestra confusa y muchas veces contradictoria identidad nacional.

BIBLIOGRAFÍA

- Barros Arana, Diego. “Historia General de Chile”. Tomo I. Santiago, Editorial Universitaria y Centro de investigaciones Barros Arana, 1999.
- Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo I. “Cartas de Pedro de Valdivia al emperador Carlos V”. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861.
- Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo I. “Primer libro de actas del Cabildo de Santiago (1541-1557)”. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861.
- De Ramón, Armando. “Breve Historia de Chile: desde la invasión incaica hasta nuestros días (1500-2000)”. Buenos Aires, Editorial Biblos, 2001.
- Ercilla y Zúñiga, Alonso. “La Araucana”. Salamanca, Domingo de Portonaris, 1569.
- Medina, José Toribio (ed.). “Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y conquista de Chile”. Sevilla, Establecimiento tipográfico de M. Carmona, 1929.
- Villalobos R., Sergio. “El comercio y la crisis colonial”. Santiago, Editorial Universitaria, 1968.
- Vivar, Gerónimo de. “Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile (1558)”. Edición de Leopoldo Sáez-Godoy. Berlín, Colloquium Verlag Otto H. Hess, 1979.

EMMA DE RAMÓN. Doctora en Historia. Especialista en Historia Colonial de Chile. Actualmente se desempeña como Jefa del Archivo Nacional Histórico y académica de la Universidad Alberto Hurtado.